

AL COSTADO DE UN CAMINO DESIERTO

ESCENA EXPRESIONISTA

Por Julieta Brizzi
5º año Letras

Personajes:

El soldado
El transeúnte
La mujer

Atardecer. Un camino rodeado por árboles viejos que atraviesa el cementerio se pierde iluminado por una luz débil. A la distancia, se vislumbran los edificios y el humo de la ciudad.

SOLDADO. *(Entra como perdido, mirando a su alrededor)* —Anochece. *(Hacia atrás, buscando).* ¿Anochece?

TRANSEÚNTE. *(Aparece por la izquierda. Distráido).*

SOLDADO. —¿Anochece?

EL TRANSEÚNTE. *(Mira sorprendido al soldado)* —¿Perdón?

EL SOLDADO. —¿Anochece?



EL TRANSEÚNTE. —Anochece más temprano que en otoño. Muy pronto la nieve cubrirá estos arbustos, el camino, las lápidas. Anticipan una tormenta feroz que se extenderá por todo el oeste. No le será conveniente quedarse aquí para entonces.

EL SOLDADO. —La noche se acerca y el frío ya es terrible.

EL TRANSEÚNTE. —Por eso me dirijo a la población antes de que oscurezca. Con la luz artificial y el calor de las chimeneas ningún trabajo es inútil. El trabajo es lo principal. La ciudad nos permite seguir trabajando. Realmente no interesa mucho en qué etapa del día se encuentra uno y eso es muy productivo. No pensamos más que en efectivizar nuestra labor, por lo tanto el enriquecimiento jamás cesa. Y usted, ¿por qué me pregunta...?

EL SOLDADO. —¿Si anochece? Quisiera saber cuánto tiempo nos queda. Acabo de llegar al camino y me dirijo hacia la encrucijada para encontrar a mi oficial. Las órdenes que recibí fueron precisas: no desviarse demasiado del objetivo para no perder al enemigo. La ciudad ya la conozco y le aseguro que mi actividad no la puedo desplegar cómodamente allí. Lo mío no se trata de lograr mayor o menor productividad. Lo que ocurre es que, usted sabe, el deber es lo primero. Y mi deber lo representa la guerra. Sí, estoy buscando a mi oficial.

EL TRANSEÚNTE. —Como diga usted, joven amigo. En definitiva su oficial cumple con su trabajo. Y usted al seguirlo no hace otra cosa: trabajar. No por eso rehuse dirigirse alguna vez a la ciudad. Considere que copándola y destruyéndola se ganan las guerras. Sean sensatos ustedes, los soldados, admítanlo. Convenza a su oficial acerca de esto y verá cómo pronto las luchas se resolverán más rápidamente, con lo cual tendrán una sucesión mucho más dinámica. Ataquen la ciudad (*exaltado*). Toda misión que pertenezca al hombre proviene de ella. ¡A la ciudad, a la ciudad!

SOLDADO. —Cuando anochece, el deber de la tropa es descansar hasta el amanecer.

TRANSEÚNTE. —¡Electricidad, joven amigo! En las urbes nunca se hace la noche y las batallas se eternizarán.

SOLDADO. (*Duda*). (*Pausa*)

TRANSEÚNTE. —Comienza a castigar el viento... Por qué no espera a su oficial..., no sé, en una zona más resguardada.

SOLDADO. —¿Irme a otra parte? No, este camino es ideal. No debo alejarme de mi puesto.

(*Se oye un gran estruendo. Una humareda se levanta desde los edificios lejanos. Bullicio de gente y quejidos*).

LA MUJER. (*Herida, descalza, entra corriendo*)

—Vamos, huyan, no se queden donde están con los pies sobre esta tierra castigada. No permitan que la humanidad renazca. Ya se siente la brisa del fuego, el viento furioso ha traído hasta aquí un humo mortífero. Huir. Huir. Corran. Griten: ¡Muerte! Aúllen esta catástrofe. Nadie puede saber qué ocurrirá si la existencia continúa con su devenir. El mundo explota, ¿no lo ven?, ¿no lo escuchan? Huyan, griten. Si la vida de mis hijos se ha extinguido, de ahora en más nadie podrá vivir. (*Muere*).

(*Silencio. El transeúnte vacila unos segundos; temeroso, de pronto corre despavorido. El soldado se queda atónito, mirando reiteradamente a la mujer y al camino. Pausa. Se acerca sigiloso al cuerpo de la mujer*).

EL SOLDADO. (*Grita*) —¡Señorita, señorita! Por favor, despierte. (*La sacude*). Por favor. Si mi oficial estuviera aquí la ayudaría con gusto, pero solo, aquí, en medio del camino, frente a las tumbas... Me dirijo a la guerra... Mi superior llegará en cualquier momento y me asignará el cuidar con dedicación de sus heridas. (*Pausa*). Mientras tanto, me temo que ambos debemos esperar. (*A lo lejos la humareda sigue subiendo. El fuego surge por entre los árboles*). Si mi deber fuera ayudarla, ya me vería a mí guiándola hacia la aldea con una enorme sonrisa en los labios y dos o tres niños saltando a su alrededor. Aunque sabrá disculpar, señorita, que aún no sé hacia dónde se dirige usted.

(*La luz baja del todo hasta que el camino queda a oscuras*).